

Director y Admor.,  
Hernán Valverde L.

Redactor y Editor,  
Napoleón Pacheco S.

# EL JUVENIL

Vocero de la Juventud

AÑO I

SAN JOSÉ, 17 DE AGOSTO DE 1914

NÚMERO 8

CONDICIONES:

Número suelto ₡ 0-05

Suscripción mensual 0-10

„ trimestral 0-25

Toda correspondencia debe dirigirse al Liceo de Costa Rica.

## Página azul

Del cielo ni siquiera un átomo visible: una informe mole de nubarrones grises—presagio de tempestad—lo ocultaban por completo. La atmósfera sombría poblaba de quimeras el espíritu; y, a la eterna vaguedad del infinito—como bandadas de aves migratorias—volaron los recuerdos que dormían en el carcaj de mis ensueños.

\*\*\*

El parque sólo, casi triste; mustiando quedamente la salmodia de las ramas balanceadas por la brisa y las querellas amorosas de las flores y la queja interminable de los sauces y cipreses que eternamente lloran sobre el césped la continua eclosión de su tristeza.

\*\*\*

Y en aquel *kiosco* formado por enredaderas entrelazadas voluptuosamente, bajo aquel palio de hojas y de flores, estabas a mi lado,—¿recuerdas?—confundida tu alma con mi alma en la mágica atracción de tus miradas dulces.

Me abstraía en un raro adormecimiento como si mi espíritu estuviera bajo el influjo adormecedor de un exótico *haschich* o *kawa* del Oriente; y todo lo olvidaba y vivía en una completa abstracción de todo lo que no fuera aquella inolvidable hora azul.

Solos, completamente solos en medio de aquel triunfo de la naturaleza, en medio de aquel alarde agreste que hacía olvidar el ruido tumultuoso de la ciudad que palpitaba en torno.

Solos, con el ardiente soplo del amor tropical brotando en nuestros corazones como explosión de vida desbordante. Tuve por un instante la visión del momento que vivíamos y sentí miedo de mí mismo; miedo de mis fuerzas. Medité en un instante que aquel raro idilio impregnado de voluptuoso *platonismo* podía ser muy bien la iniciación de toda una epopeya de dolor para el futuro....

Hubo un silencio prolongado. La atmósfera era cada vez densa. El cielo gris se tornó negro. De pronto oímos un estruendo de tormenta

## colaborador



ROGELIO SUÑOL MORA  
Joven poeta costarricense

## Para ?

Una de estas tardes sentado en la orilla, la orilla anchurosa del inmenso mar, cuando el almo Febo más radiante brilla, pensando en tí acaso, ¿querida chiquilla, mi lira olvidada comienzo a pulsar.

¿Qué dicen sus cuerdas calladas y mudas durante los días de un hondo pesar? Dicen que amas a otro, y que de mí dudas, que ingrata y esquiva nunca me saludas y que no has pensado en poderme amar.

Qué otra cosa dicen esas notas tristes que rasgan el aire con hondo dolor? Dicen que amas a otro, que para él existes, que un amor muy puro dichosa le distes y que está muy lejos del mío tu amor.

Tú crees que con eso yo me desespero y pienso en horrible fatal decisión, si verte tan sólo me basta, y te quiero, antes que llorarte mil veces prefiero, ver hecho pedazos mi leal corazón.

OILEGOR

allá a lo lejos. El estrépito avanzaba y lo llenaba todo con un ruido de descargas de fusilería. Pronto, el torrente desatado de las nubes cayó sobre la

tierra furiosamente, como un restallar de latigazos infinitos.

La enredadera que nos daba albergue dejaba infiltrar el agua en gotas que poco a poco nos empapaban.

Imposible tratar de abandonar aquel refugio: a nuestro alrededor la lluvia era cada vez más fuerte.

\*\*\*

Estábamos abstraídos. Su voz como el eco de un sollozo,

—Mejor vámonos,—me dijo.

Y había en sus palabras un temblor convulsivo que contraía sus labios finos, apenas entreabiertos en la leve floración de una sonrisa.

Su voz me pareció venir de muy lejos, tal si fuera un vagido imperceptible, como esas voces silenciarias que escuchamos en los sueños.

Miré al cielo. El furor de la tormenta se calmaba, y, en un arranque espontáneo,

—Si, mejor vámonos, dije.

Y yo el primero me levanté ofreciéndole mi mano. Pude comprender en aquel instante la indefinible expresión de su mirada levemente enturbada por quién sabe que desconocidas ansias.

Ví claramente el instante sublime en que el alma brota en los labios con un desbordamiento de anhelos indecisos. Bastaba una chispa, el fulgor de una caricia para producir el incendio en nuestros corazones...

—Sí; mejor vámonos,—dije yo también en un esfuerzo supremo de mi lucha interna.

\*\*\*

La tempestad había cesado.

Un hálito de vida, de fecundidad, lo llenaba todo como un triunfo epitalámico.

Y, con la dulce melancolía de una delicia que apenas alboró en nuestros corazones, cruzamos en silencio las fangosas y empapadas callejuelas de aquel parque mientras el aire frío de la tarde que moría ensayaba exóticas cantigas en las ramas de los árboles.

Inolvidable hora azul de antaño hundida para siempre en el piélago insondable del ayer.

Jevale

# Trozos de mi Album

Para la Señorita N. I. O.

De mi último viaje

## De noche en la playa

La mar está tranquila y sola. Es media noche. Ni una barca hay en ella, ni una alma en la playa, ambas están desiertas; sólo las acompaña el bramido de las olas y el murmullo de la noche. Es una soledad aterradora; pero también es preciosa: deleita e inspira. Y el cielo también está desierto, no tiene nubes, está despejado.

¡Noche tan preciosa, mar tan tranquila, playa tan desierta, cielo tan límpido! ¡Qué hermosura! El bramido constante de las olas no cesa y es cada vez más fuerte. El océano está convertido en espejo, en diamante, brillando cada vez más y reflejando los tenues rayos de la luna llena que está tan preciosa en el cielo, como una perla en un anillo.

¡Qué encanto! Un cielo tan límpido con una luna llena lanzando rayos de luz tenue que refleja el mar e iluminan la playa...

La infinidad de estrellas dispersas en grupos formando unos de ellos figuras por las que reciben el nombre, aumentan la belleza; son las flores del jardín.

Es un paisaje natural precioso, a propósito para que Leonardo de Vinci lo pasara al lienzo, y hubiera sido célebre, quizá más que su Gioconda.

Es una noche de luna a propósito para un idilio que sólo el mar y la luna hubieran visto y jamás contado...

El puerto está silencioso, el muelle tranquilo, todo duerme. Sólo el océano que nunca puede dormir porque es el que le da la vida a la tierra, y la ley natural se lo impide.

Cuadros de todos los días

## Las golosinas

Ya era tarde; sólo Julio se veía en la calle; iba muy triste porque nadie le había dado limosna, tenía mucho frío, mucha hambre y mucho sueño; durante todo el día no había comido. De pronto se detuvo ante el escaparate de una tostelería en el que había un sin número de golosinas y al verlas le dió más hambre. Después de contemplarlas un rato se acercó a la puerta; nadie había dentro, y tuvo intento de meterse; pero no lo hizo porque tuvo el valor de dominarse; pero el hambre aumentaba; se acercó de nuevo a la puerta y tampoco había nadie. Y no pudiendo dominarse se metió y llegando hasta donde estaban las golosinas, temblando tomó unas; pero con tan mala suerte, que al retirar la mano volcó un plato que contenía tosteles y se quedó pálido e inómvil.

—¿Quién anda allí?—preguntó un hombre que se acercaba. Era el propietario que andaba trayendo las llaves. Como el salón estaba oscuro, no vió a nadie. El niño quedó inómvil.

—¿Quién es?—volvió a preguntar—y acercándose pudo reconocer al niño y exclamó: ¡Ladrón, pillito! ¿que hacías, por qué no contestabas?

Tomando el niño un poco de serenidad, repuso: estaba robando.

—¿Y por qué robabas?

—Porque tenía hambre.

—Nó—exclamó furioso el propietario—robabas porque eres ladrón. No te entrego a la autoridad por compasión; pero toma, dijo dándole un puntapié que lo hizo caer a media calle.

HERNANI

## GALANTERIA

Por ver quién recogía tu pañuelo que dejaste caer a unos truhanes, con el más bravo de los capitanes al pie de tus balcones tuve un duelo.

Me hirió su espada bajo el ferreruelo, y, para contener nuevos desmanes, le hundí el acero hasta los gavilanes y cayó, desangrándose, en el suelo.

Y tu pañuelo recogí galante con ademán de quien recoge un guante. Y envainando la espada enrojecida

me alejé sonriente y satisfecho, apretando el pañuelo contra el pecho para enjugar la sangre de mi herida!

Francisco Villaespesa

De "El Espejo Encantado"

## La calumnia

La calumnia es originaria de los malos hombres y de ellos es propia. Un calumniador es un criminal que premedita.

Si muchos crímenes debían de ser perdonados porque el que los comete talvez no está en su juicio, la calumnia nunca tiene perdón porque el que calumnia reflexiona antes.

El que hunde un puñal en el pecho de un hombre y lo priva de la vida, contrae una deuda moral menor que el que con una calumnia priva a un hombre de la sociedad y lo aparta para siempre de la humanidad. Si, porque es preferible perder la vida, antes de perder el honor.

¡Cuántos infelices hay presos en las cárceles completamente inocentes, víctimas de la calumnia!

L. V. NÁNRE

RESERVADO  
para la Sastrería  
Gonzalo Artavia

## La muerte quiere

*Para Moisés Vincenzi Pacheco*

Nuestra juventud es hermosa, es bella; es un jardín de flores perfumadas, sí, pero hay que saber apreciar el néctar de esas flores encantadoras que cuando abren sus pétalos multicolores, parecen damas de una corte.

¡Oh, que bella es la vida! ¡Qué hermosa es! pero hay que saber vivir: Vivir no es divertirse holgazanamente, no, es divertirse moralmente; no es hacer cuanto se quiere, es hacer lo que se debe.

Vivir no es solamente vivir, pues para vivir hay que conocer la vida. La vida engaña, es traicionera; pero hay que soportar su traición, porque es fatal. Es el coloso del tiempo en cuya cima está la humanidad. Comienza la vida para los hombres con risas y caricias, pero como va corriendo el tiempo se transforman esas risas en sarcasmos peligrosos; cuando se llega a luchar con ella, hay que ser cíclope.

La muerte está bajo sus plantas y es el descanso para ella. Lucha constantemente, pero cuando la lucha es fuerte, vence; mas como es un fantasma benévolo, le da libertad.

La muerte es la nada, y un hombre con vida putrefacta es la encarnación de ella.

La muerte es la dama que guarda las llaves de la inmensidad; no es egoísta, pues le da entrada a todo el mundo.

No es asquerosa; es generosa porque da descanso a los sufrimientos y quiere a la humanidad entera.

Es una bruja que constantemente llora, y su llanto hace eco en el Universo.

Es salvaje en los bosques y culta en las ciudades. Los hombres se vengán de los hombres, por medio de ella.

Vive en la punta de una espada, en el cañón de un revólver, en la cólera y en la envidia de

los hombres, en fin, en todas partes. Quiere a la vida escépticamente; es filósofa; conoce a todas las generaciones; es historiadora muda. De noche, cuando estudia, se parece a Fausto en su gabinete.

Ella lee en el libro de las tumbas, como Víctor Hugo en el libro de los pensamientos.

Su rival es la vida, que a su concepto es una quimera vana, pues sus colaboradores despiertan un día, para dormir un año.

Su obra es la soledad, la tristeza, la melancolía.

\* \* \*

Nuestra juventud es la que nos prepara para luchar con la vida y cuando vencemos, en la muerte, ella nos lleva a la inmensidad para que lloremos, pero quien sabe a donde: tal vez al lado del Santo Padre; tal vez al lado de Mefistófeles mismo.

*Napoléon Pacheco S.*

## Clavel rojo

—Toma este clavel rojo, prueba de mi puro amor. Cuando lejos de tí esté, y en nombre mío lo besas, bésalo tiernamente que él te recuerda mi persona.

—¡Ay! si vieras, Francisco, al recibir de tus manos este clavel, tristes penas por lo más hondo de mi pecho cruzan.

—Tengo para mí, dijo Francisco, que son vanos sentimientos de mujer enamorada.

Pasó aquel día, y cuando el ingrato más enamorada la vió, de ella se burló.

—¡Cuántas veces, dijo María, a Francisco yo llamé! ¡Cuántas veces al verme llorando acercóse el traidor con su fatídica risa y un beso en mis muertos labios estampó! ¡Cuántas veces doblando la rodilla el sacrilego con su labia vil a mi desgraciado corazón sedujo!

Recuerdo la triste tarde que con mano lisa, en el jardín ajeno, este clavel, en momentos en que el violín triste vals amenizaba,

temblando me lo entregó. Y al entregármelo,

—¿Por qué tiembles?, le pregunté.

—Porque te amo dulcemente amor mío.

Y hoy te ríes, malvado, al recordar tu hazaña; mas mi débil brazo, con puñal en mano y el clavel en el pecho, te hará sentir mi venganza.

Sin embargo te amo, Francisco. ven a mi lado, soy tuya. Pero nó, mi corazón te ama, mas servil a tí no se humilla. Ya sentirás en pecho, tu traidor, el arma homicida.

Seis meses después, Francisco, bajo un cielo nubarrado y en una noche casi oscura, a una cita se dirijía. Allá fuera de la ciudad, junto a la morada de los muertos, donde a los pálidos rayos de la luna se levantan esas sombras fantásticas que horrorizan a los débiles, una joven cubierta por un negro antifáz, esperaba intranquilamente a un desnaturalizado amante.

De pronto oyóse el rodar de un coche y ante la verja del solitario cementerio se detuvo. Un elegante y aristócrata joven, con la sonrisa en los labios y alegre quizás por una futura conquista, bajó del coche y al lugar de la cita se dirigió.

—Por fin, murmuró la joven, es mío, de ésta no se escapa.

—Estás ahí, dijo Franco, que así le llamaba.

—Sí, dijo una voz femenina.

—Ven, dijo el mancebo.

Y al acercarse a la joven la tomó por la cabecita rubia.

Ollose un beso, luego un lastimero gusto, Francisco se había desplomado, como masa inerte; fué la atrevida puñalada de su vengativo amante.

Loca la joven, al verlo en el suelo tendido, corrió sobre las tumbas de los tranquilos muertos. Al despertar el alba, el sepultero, dos muertos encontró.

Terminando de este modo trágico las dos almas románticas.

## En el mar

(Continuación)

Padre e hijo salieron de la barraca y siguieron la playa hasta llegar al muelle de los pescadores. El compadre les esperaba en la barca preparando la vela.

La flotilla removíase en la obscuridad agitando su empalizada de mástiles. Corrían sobre ella las negras siluetas de los tripulantes, rasgaba el silencio el ruido de los palos cayendo sobre cubierta, el chillar de las garruchas y las cuerdas, y las velas despleábanse en la obscuridad como enormes sábanas.

El pueblo extendía hasta cerca del agua sus calles rectas, orladas de castitas blancas, donde se albergaban por una temporada los veraneantes, todas aquellas familias venidas del interior en busca del mar. Cerca del muelle, un caserón mostraba sus ventanas como hornos encendidos, trazando regueros de luz sobrelas inquietas aguas.

Era el casino. Antonio lanzó hacia él una mirada de odio. ¡Cómo trasnochaban aquellas gentes! Estarían jugando el dinero... ¡Si tuvieran que madrugar para ganarse el pan! —¡Iza! ¡Iza! Que van muchos delante.

El compadre y Antoñico tiraron de las cuerdas y lentamente se remontó la vela latina, estremeciéndose al ser curvada por el viento.

La barca se arrastró primero mansamente sobre la tranquila superficie de la bahía; después ondularon las aguas y comenzó a cabecear: estaban fuera de puntas, en el mar libre.

Al frente, el obscuro infinito, en el que parpadeaban las estrellas, y por todos lados, sobre la mar negra, barcas y más barcas que se alejaban como puntiagudos fantasmas resbalando sobre las olas.

El compadre miraba el horizonte.

—Antonio, cambia el viento.

—Ya lo noto.

—Tendremos mar gruesa.

—Lo sé; pero ¡adentro! Alejémonos de todos estos que barren el mar.

Y la barca, en vez de ir tras las otras que seguían la costa, continuó con la proa mar adentro.

Amaneció. El sol, rojo y recortado cual enorme oblea, trazaba sobre el mar un triángulo de fuego y las aguas hervían como si reflejasen un incendio.

Antonio empuñaba el timón, el

compañero estaba junto al mástil y el chicuelo en la proa explorando el mar. De la popa y las bordas pendían cabelleras de hilos que arrastraban sus cebos dentro del agua. De vez en cuando tirón y arriba un pez, que se revolvía y brillaba como estaño animado. Pero eran piezas menudas... nada.

Y así pasaron las horas; la barca siempre adelante, tan pronto acostada sobre las olas como saltando, hasta enseñar su panza roja. Hacía calor, y Antoñico escurríase por la escotilla para beber del tonel de agua metido en la estrecha cala.

A las diez habían perdido de vista la tierra; únicamente se veían por la parte de popa las velas lejanas de otras barcas, como aletas de peces blancos.

—¡Pero, Antonio! — exclamó el compadre—. ¿Es que vamos a Oran? Cuando la pesca no quiere presentarse, lo mismo da aquí que más adentro.

Viró Antonio y la barca comenzó a correr bordadas, pero sin dirigirse a tierra.

—Ahora—dijo alegremente—tomemos un bocado. Compadre, trae el capazo. Ya se presentará la pesca cuando ella quiera.

Para cada uno un enorme mendrugo y una cebolla cruda, machacada a puñetazos sobre la borda.

El viento soplaba fuerte y la barca cabeceaba rudamente sobre las olas de larga y profunda ondulación

—¡Pae!—gritó Antoñico desde la proa—, un pez grande; *mu* grande... ¡Un atún!

Rodaron por la popa las cebollas y el pan, y los dos hombres asomáronse a la borda.

Sí, era un atún; pero enorme, ventruado, poderoso, arrastrando casi a flor de agua su negro lomo de terciopelo; el solitario tal vez de que tanto hablaban los pescadores. Flotaba poderosamente, pero con una ligera contracción de su fuerte cola, pasaba de un lado a otro de la barca y tan pronto se perdía de vista como reaparecía instantáneamente.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

De "La Condenada"

(Continuará)

## Simpatías

Para mi amiga E. A.

Es muy corriente en el Colegio durante los recreos y ratos desocupados, ver formar grupos más o menos grandes, ocupados algunas veces de comentar alguna cosa ocurrida en el Colegio, o discutiendo algún asunto que les interesa y les preocupa. Otras veces oyendo con gran entusiasmo algún cuento o chiste creado por la fantasía y el ingenio de alguna de ellas para divertir y hacer reír a las demás.

En una de estas conversaciones de humor que suelen haber entre compañeras y en la que yo tomaba parte, se ofreció opinar acerca de un asunto que me pareció un poco raro entre compañeras: se trataba de saber cuál era entre todas la que más se había ganado nuestras simpatías.

Muy curioso me pareció después de haber oído todas las opiniones, ver que la mayoría de ellas favorecían a E... que era justamente en la yo pensaba.

Parece mentira que entre compañeras haya esta diferencia de simpatía y de cariño, pero no se por qué, desde mis primeros días de colegio, he simpatizado más que con ninguna, con esta encantadora chiquilla. Y es que verdaderamente sólo ella ha sabido, por su bondad y su dulzura, atraer el cariño y la simpatía de la mayor parte de sus compañeras, ella que sólo dulces sonrisas y palabras cariñosas y francas tiene para sus amigas. Ella que sabe expresar con su mirada todo cuanto de hermoso hay en su alma tan candorosa, tan poseída de bondad, tan llena de abnegación que yo apenas si la comprendo.

Ella que más que por su belleza física está adornada por sus dotes morales y en su corazón habitan todas las virtudes; y a pesar de comprenderlo así, me he atrevido a escribir éstas aunque defectuosas líneas, que no harán más que ofender la que más vivamente está simbolizada en ella: la modestia.

MERVAL



**Zapatería**  
R. Aquiles Sánchez  
Calle Centaal Sur